

## *Dar en el blanco*

Había un cazador novel que nunca pudo cazar una liebre, y al hacérselo notar uno de sus camaradas contestó: «Estaré todo el día disparando en todas direcciones». Pero le replicaron: «Amigo mío, no está el negocio en disparar muchísimo, ni en muchísimos sentidos, sino en uno: dar en el blanco.

Lo mismo puede decirse al joven intelectual, que quizá sin haber apuntado bien y marrando el golpe, contestaba cuando se lo hacían notar, que el asunto era «estudiar mucho», «producir muchísimo»: bien está estudiar mucho, bien está producir muchísimo; pero amigo, esto no basta: hay que dar en el blanco.

Nuestros sentidos son como ventanas abiertas al ser material sensible, objeto suyo: siempre que con luz los ojos se abran, verán «algo»; pero quizá no verán su objeto, lo que quieren «ver». Si el intelectual se dispara a filosofar, siempre dirá «algo»: es imposible que su facultad intelectual termine en el «no-ser», como es imposible que un objeto sea «totalmente» malo en todos los aspectos: en todo sistema habrá por necesidad algo de bondad, algo de verdad; pero así como mirando por todos lados sin dirección fija, puede mirarse y no ver, así pensando al son de cualquier moda, de cualquier prestigio, movido por la corriente del momento, puede suceder que se capten «verdades», no «la verdad», es decir, aquella, precisamente aquella que aun siendo indefinidamente perfectible, señala al hombre el sentido de su vida, la raíz fundamental de su ser, en otras palabras, aquella que ha dado en el blanco.

¿No pasa por desgracia muchas veces esto en medio de la balumba de sistemas filosóficos que nos oprimen como una montaña insuperable? ¿no fomenta este radical equívoco pasarse la vida exponiendo sistemas, historias e historietas, mirando siempre algo, algo, algo, pero siempre sin «ver»?

Por esto es hoy día sumamente deseable, como en tiempos de Sócrates, una higiene mental; el retorno a la austera disciplina de la definición, al cultivo de una tradición filosófica de siglos, porque si se tira es para dar en el blanco, y si se mira es para ver, y si se piensa es para hallar la verdad. Lo demás será bueno como deporte, como distracción, pero si se toma como el papel principal del pensar humano, será una deformación.

Por esto es preciso señalar bien los justos límites de la tolerancia intelectual en cuanto a sistemas filosóficos. Escojamos tres casos típicos y cataloguémoslos:

a) «Es opinable, pero no lo opino así». — «Esto cae dentro del conjunto doctrinal que tengo como cierto y fundamental en la tradición filosófica cristiana: y por tanto encuentro bien que opine así: pero no opino así por tal o cual razón». ¿Es el caso de las diversas escuelas dentro de la tradición filosófica cristiana: tomista, escotista, suarista... No desprecio una posición, defendiendo una y combato la otra, precisamente por amor a la verdad; pero es el mismo amor a la verdad cierta en que convienen estas diversas sentencias probables, el que me hace *ver bien* que otros opinen diversamente.

Algo parecido pasa en otros casos y actitudes que no son precisamente los tres ejemplos, apuntados sólo como ejemplos.

b) «Ni es opinable, ni lo opino así». — «Esto cae fuera del conjunto doctrinal que tengo como cierto y fundamental en la tradición filosófica cristiana; y por tanto ni encuentro bien que opine así; pero dada la hipótesis de que haya un hombre que piense así, entonces yo sin ni admitir lo opinado, ni que le animemos a seguir opinando así, no obstante permito, tolero, respeto *al hombre*, el hecho de que un hombre piense así en un mundo en que de hecho me hallo y donde he de convivir con él; pero *no para animarle a quedar indefinidamente en su posición*, ni para reconocer objetivamente derechos a lo que es error. El hombre tiene derechos, el error no».

Naturalmente podrían señalarse otros matices; pero ahí están dos más fundamentales. Sin embargo, reconozcámoslo, muchas veces se barajan, se confunden, se toman como equivalentes; y no lo son.

c) «Hablar siempre su lenguaje, desdibuja lo que no es opinable». Sucede, por ejemplo, que se ponen a hablar tanto en el lenguaje de «los otros», se ponen tanto a ponderarlo, que al fin queda *de hecho* la idea de que aquella verdad que no se dice nunca (porque siempre se prescinde de ella) no existe; y que aquella falsedad que se tapa bajo una forma de lenguaje «precisivo», ya no será falsedad, o no lo será tanto como dicen.

Pienso en este momento en un libro de Paul Chauchard titulado *La création évolutive* (París 1957). Muy bien dice de él en *Estudios Filosóficos* (11(1962)155) el P. G. Gutiérrez, O. P.: «Al terminar la lectura de esta obra, y más si se han ido espigado, pluma en mano, frases que han llamado la atención, podría presentarse un florilegio del más crudo materialismo; sin embargo, uno sabe que el autor es espiritualista, y aún más, católico. Debe, pues, concluirse que tales frases no tenían tal sentido».

Esto es, exactamente. Habla con frases que suenan al «más crudo materialismo»; pero ¿cómo han de entenderse? ¿es católico o

no? ¿es espiritualista o no? Por lo que dice no se ve, más bien se ve todo lo contrario. Pero al saber por otro lado (no por los escritos) que es católico, entonces debe uno «inferir», «concluir», «deducir», que el sentido debería ser otro.

—¡Oh, así hemos dado la mano al católico! ¡así hemos hallado un punto común de encuentro!

—¿Encuentro? ¿dónde? ¿se han encontrado el pescador y el pez porque el pescador ha tirado el pez a tierra o porque el pez ha echado el pescador al agua?

—No, no hay claudicación: sólo encuentro.

—¿Pero dónde? ¿quedando al fin cada uno en su lugar? Para esto quizá no salía a cuenta tanto alboroto. ¿O más bien «encuentro», quedando con ello el confusionismo en la mente del pobre lector, que habiendo siempre de oír hablar en lenguaje materialista, sin ser materialista; en lenguaje liberal, sin ser de aquel liberalismo condenado que hace al hombre principio del derecho y obligación; en lenguaje existencialista, sin ser en realidad existencialista porque no niego las esencias que demuestren racionalmente la existencia de Dios, etc., etc. al fin no sabe a qué atenerse?

Así, con estos encuentros se llega adonde nos encontramos: en una sociedad sumida en el más crudo indiferentismo, en que se habla de la «apostasía de las masas», de «France pays de mission» y no sé cuántas cosas más.

Me imagino, como si la estuviera leyendo, aquella cruda idea del famoso artículo de Gemelli, que parafraseada, diría así: no sé qué pasa que el racionalista me da la mano, y el ateo me saluda, el materialista me invita a tomar café, y el agnóstico me felicita... pero sé muy bien que el racionalista queda racionalista; y el ateo, ateo; el materialista, materialista; el agnóstico, agnóstico.

Menos el católico, que a fuerza de confusionismos, ya no sabe finalmente cuál es su tradición, cuál su posición, cuál es la verdad.

Pero ¿de qué sirve disparar flechas todo el día en todos los sentidos, si no es para dar en el blanco?